

No viaje a Costa Rica quien no tenga dinero

El caso penosísimo de Rafael Alberti y de María Teresa León, dos altos valores de la literatura española contemporánea, se presta a muy hondas reflexiones en lo que se refiere a nuestra cultura. Corría parejas el prestigio de Costa Rica con el de las más civilizadas naciones, por el alto plano intelectual en que se nos ha venido poniendo, por las prácticas democráticas de que hacemos gala, por el respeto que aquí se profesaba a lo que suele conocerse con el nombre de libertad.

Confiados en tan honrosa tradición hacíanse las mejores ilusiones por conocernos la escritora y el poeta hispanos. Y sus ilusiones, sus ansias de llegar a este remanso, fueron avivadas por lo que oyeron en México, en Cuba, en su propia patria y en otros países recorridos en su gira cultural. De Centro América sólo pensaban visitar El Salvador y Costa Rica, en donde estaban seguros de que se les recibiría comprensivamente, sin el riesgo de exponerse a lo que en Guatemala se expusieron Manuel Ugarte, Lombardo Toledano, Víctor Raúl Haya de la Torre.

Por desgracia para nosotros, los cálculos de Alberti y de María Teresa León resultaron equivocados. Tal vez les habría ido mejor en el feudo de Ubico, como agasajados estuvieron en la tierra de Somoza, mientras que en la capital salvadoreña se les puso presos; y nuestro erudito Presidente don Ricardo Jiménez, miembro de la ex Real Academia de la Lengua, hizo rodear el avión en que llegaban estos dos mensajeros de la España nueva con diez policías uniformados, para que no intentaran traspasar los límites prediales de la Pan American Airways Corporation.

Desconcertados mostrábase el poeta y la escritora. ¡Apenas diez minutos podían estar en la Costa Rica democrática! ¡Diez minutos: el tiempo que se detiene el avión en los terrenos de una compañía extranjera!

No faltó quien afirmase que hubo de por medio intrigas diplomáticas, pues que andan todavía por estas Américas algunos representantes del viejo régimen español. Pero como esto es difícil averiguarlo, nos concretamos al hecho, al atentado en sí mismo y a las declaraciones presidenciales del siguiente día.

El señor Jiménez pretendió explicar su actitud, diciendo que las leyes son para que se cumplan; y agregando que entre los requisitos legales para ingresar al país existe el de que los viajeros deben venir provistos de dólares para que no sean carga de la sociedad.

La explicación parece ser de nivel más bajo que el procedimiento policiaco que tanto nos deshonra, porque no tiene derecho nadie de imaginarse, menos aún de proclamarlo a grandes voces, que vengan un Einstein o un Alberti, un Waldo Frank o un Fernando de los Ríos a quedar debiendo en los hoteles. Si vienen es seguro que lo hacen por un afán de investigación, de estudio, de conocimiento de estos pueblos, y no a explotarlos ni a dejar fama de moroso. Los que vienen con muchos dólares para gastos imprevistos no son intelectuales, ni son artistas, ni son gentes avanzadas: responden al estigma de cazadores de contratos leoninos; en otras palabras, son sabuesos de concesiones.

Da pena imaginarse lo que a estas horas estará publicándose en el exterior con motivo del incidente a que nos hemos referido. Y mayor será el bochorno por nuestro retroceso cultural, cuando salgan también a la estampa las palabras con las cuales quiere aminorar su descrédito el Presidente de la República.

LIBERACION se siente obligada a hacer constar cuánto lamenta lo ocurrido, doliéndose de que Costa Rica deje de ser lo que se afirma que fué: Atenas resurrecta, para convertirse por dictadura presidencial en una Fenicia contemporánea.

¿Centro América Independiente?

Por JORGE GARCIA GRANADOS

(Especial para LIBERACION)

Acaba de celebrarse en el istmo un nuevo quince de septiembre. Pero, en medio de la falsa alegría protocolaria, creo que es deber de los hombres sinceros hacer examen de conciencia y preguntarnos: ¿qué significa para nosotros esa independencia?, ¿cómo la obtuvimos?, ¿qué efectos produjo en el devenir colectivo?, y ¿hasta qué grado la disfrutamos y somos dignos de ella los centroamericanos de la generación actual? El pequeño ensayo que sigue contiene mi punto de vista respecto a las cuestiones enunciadas. No es una respuesta definitiva, pero sí un bosquejo de nuestra vida política, tema de meditación que ofrezco a los hombres de estudio de los cinco jirones de la antigua patria.

LOS PROBLEMAS DE LA COLONIZACION ESPAÑOLA

Las raíces sociales y económicas de la independencia no se encuentran en el período inmediatamente anterior a ella. Es claro que corrientes ideológicas y hechos políticos determinados vinieron a propiciar en el momento oportuno la ruptura de los lazos que ligaban a las colonias con la metrópoli; pero el conflicto, hondo e irresoluble, quedó planteado desde el momento de la conquista y duró en potencia tres centurias, hasta llegar al dramático desenlace en los principios del siglo diecinueve. Para encontrar las fuentes del movimiento emancipador necesitamos, pues, remontarnos hasta los fenómenos coloniales que dieron origen a las sociedades hispanoamericanas.

El elemento humano que compuso los nuevos establecimientos españoles puede catalogarse, como en toda colectividad, en explotador y explotado; y sin embargo no fué de divergencias entre estos dos factores sociales de donde surgió la chispa del conflicto, pues las masas han sido y son todavía, en muchos de nuestros países, resignado rebaño siempre sumiso a las clases directoras de la sociedad. La lucha se entabla, cruel y despiadada desde un principio, entre los amos, los poseedores. Por una parte vemos al caballero de conquista, que ha ganado la tierra con sus afanes guerreros, que la ha regado con su sangre, y que pretende establecer en las nuevas colonias un sistema feudal y esclavista que lo remunere en poder y riqueza de sus afanes batalladores. En el lado opuesto está la autoridad real; es decir, el Estado, con sus Virreyes, sus Gobernadores, Tesoreros, Factores, Veedores, Audiencias, Jueces Visitadores; o sea, con la formidable maquinaria de que dispone el poder para imponerse a las inquietas manifestaciones del individualismo rebelde. El temor perpetuo de la corona es que los conquistadores "se alcen con la tierra". Desde los primeros tiempos se suceden los asesinatos, se multiplican las conspiraciones y se llega aun a la guerra civil, como en el Perú. Colón regresa de su tercer viaje cargado de cadenas; Cortés muere en desgracia y olvidado; Núñez de Balboa y Gonzalo Pizarro acaban en el cadalso; los hermanos Contreras en el desastre de una sublevación oscura; nadie está libre de un proceso, ni de la muerte, porque las denun-